



Universidad de Chile  
Facultad de Filosofía y Humanidades  
Departamento de Estudios Pedagógicos

# Sentir la Historia

*Cristina Silva Pavez*

Enseñar Historia es una tarea complicada, por la aparente lejanía de sus contenidos, ya que, como me dijo Byron, un estudiante de segundo medio del liceo A-60, en mi práctica I, ¿por qué tengo que estudiar la Revolución Francesa si yo vivo en Chile?, o como también plantea Estela Quintar “¿para qué nos enseñan historia?<sup>1</sup>” una pregunta que yo creo que más de algunas vez hemos escuchado, e incluso que hasta nosotros mismos nos hemos hecho.

¿Por qué estudiar Historia? Una pregunta que aún no tenía respuesta aparente cuando comencé esta larga travesía de hacer clases. Claro, muchas veces hemos escuchado, o nos hemos dicho ‘la historia es para entender el presente y proyectarse hacia el futuro’, pero ¿qué pasa cuándo estudiamos el anglicanismo en la Inglaterra del siglo XVI?, ¿en qué me sirve para mi presente, y qué puedo proyectar hacia el futuro sabiendo eso? Creo que había que ir más allá, pues, por lo general, los saberes de Historia que se entregan en la escuela son datos, fechas, personajes y lugares denominados “importantes” pero que la verdad no dicen nada en sí mismos, y que responden a la idea de “cultura general”, ¿por qué hay que saberlos? Respuesta: por cultura general. ¿Qué es eso? ¿se come? Basura, pues son sólo datos para no quedar de “ignorante”, pero que no es Historia, o por lo menos no la historia como yo la concibo, aunque hasta ese momento tampoco lo tenía muy claro...

Comencé entonces mi camino de profesora sin tener del todo resulta esta pregunta ¿por qué estudiar Historia?, pero el tiempo apremiaba y había que ‘tirarse a los leones’ como fuera.

---

<sup>1</sup> Quitar, Estela, *Didáctica no parametral. Sendero hacia la descolonización*, Instituto pensamiento y cultura en América Latina (IPECAL), Colombia, 2011, p. 17.

Durante mis dos semanas de observación fui conociendo, poco a poco al 4º medio E del liceo Darío Salas. Era un curso relativamente tranquilo, que durante las clases de historia estaba en silencio y tomaba apuntes de lo que la profesora decía, o por lo menos los estudiantes que se sentaban adelante, pues los alumnos de atrás la verdad poco se enteraban de lo que la profesora hablaba, ya que estaban con audífonos, comiendo, conversando entre ellos, jugando con el celular, en fin. De historia nada. La profesora por su parte, sabía mucho, sabía cada detalle de lo que estaba hablando, y sí, toda la clase hablaba. A mí en lo personal me gustaba, era como una clase de la universidad, el problema era que no le importaba si la escuchaban, ella sólo hablaba, y claramente los alumnos de atrás nunca le tomaban atención. Ella me decía que los dejaba no más, que no se desgastaría con ellos, que ya eran grandes.

Ese era mi curso, y así los tomé, aunque en ese entonces no sabría si decir “mi” curso, ya que no hablaba con casi nadie de ellos, y cuando lo hacía era para aclararles alguna duda que tuvieran sobre algún trabajo que les daba la profe.

Durante ese tiempo, la profesora guía me había dicho que comenzaría mi intervención una vez que ella terminara con Edad Media, por lo cual yo debía hacerme cargo de toda la unidad de Época Moderna. Una vez sabido eso, de inmediato me puse a averiguar, pues los contenidos que vimos en la universidad no responden a los saberes que exige la escuela, por tanto había que volver sobre los libros. Mi primera clase debía tratarse sobre Humanismo y Renacimiento, pues la profesora me dio los diversos temas que debía abordar durante mi intervención, y yo debía acatarlo. Así que comencé leyendo manuales escolares y conversando con gente de arte para poder entender bien de que se trataba el asunto. Iba anotando en un cuaderno todos los contenidos importantes, y ya tenía los suficientes como para comenzar a pensar cómo se los presentaría a los alumnos, tal como lo plantea Shulman, primero está la *“comprensión de la materia por el profesor y así transformarla para hacerla ‘enseñable’”*<sup>2</sup>. En eso me acordé que en la universidad habíamos leído un texto muy bueno sobre renacimiento, de Peter Burke, lo busqué y sí, ahí estaba, guardado junto a una serie de libros correspondiente a la época moderna. Lo leí y todo lo que había leído de renacimiento y humanismo se vino abajo, este libro destruía el mito del renacimiento. Claramente deseche lo anterior y seguí leyendo. También encontré un texto de un filósofo argentino, Enrique Dussel, el cual criticaba el concepto eurocentrista-dominador de modernidad. Todas estas lecturas volvieron a mi cabeza, esto sí que era interesante, me motivé mucho con la materia, ya no sólo estaba motivada porque era mi primera clase, sino que también porque la materia era muy interesante. Fue así entonces que decidí agregar el concepto de

---

<sup>2</sup> Shulman, Lee, Conocimiento Didáctico en Ciencias Sociales, Revista de currículum y formación del profesorado, 9, 2 (2005), p. 5

modernidad a los temas que me había entregado la profesora. Hice un *prezi*<sup>3</sup>, con los diferentes conceptos que abordaríamos, con muchas imágenes, y a partir de las representaciones iniciales de los alumnos iríamos configurando por qué a esa época le llamarían *Época Moderna*. Para luego dar paso a la caracterización de la época, en el ámbito intelectual-artístico (se supone que toda esta unidad la planifiqué pensando en caracterizar distintos ámbitos de la época moderna: intelectual, artístico, religioso, social, político y económico).

Al curso le gustó mucho esta clase, sobre todo a los que se sientan adelante, muchos de ellos incluso participaron, sobre todo preguntando. Los chicos de atrás a ratos se mostraban interesados y a otros ratos no. Una vez que terminamos de ver el *prezi* los alumnos me aplaudieron, diciéndome que les había gustado mucho la clase, yo la verdad me sentí muy feliz, ya que logré interesarlos en la Historia.

El tema es que la labor de un profesor no se juega en una sola clase, sino que clase a clase, y ya era martes y el jueves debía hacer la próxima clase, la cual era de expansión europea en América, ¡pero cómo! Estuve casi dos semanas planeando ésta, cómo planificaría la siguiente en dos días. Pero debí hacerlo, comencé a leer un libro de la universidad, pero era muy largo y mi tiempo escaso, por lo que debí dejarlo de lado y recurrir a textos más cortos. Así en poco tiempo debí “apropiarme del contenido”, aunque la verdad es que creo que lo tomé prestado, ya que no hice mi propio análisis, como si lo había hecho para la clase anterior, donde el tema me interesaba mucho, sino que más bien tomé el de otros. Y eso se noto en la clase, esta clase fue muy esquemática, me regí de una presentación power point (no alcancé a hacer un *prezi*) y, salvo pequeñas excepciones, no me moví de ahí, pues no me apropié de la materia, sino que ella se apropió de mí, tal como lo plantea Freire para el intelectual memorizador, el cual “*repite lo leído con precisión pero raramente intenta algo personal*”<sup>4</sup>. Y ese esquema humano en el que me convertí durante esa clase, no podía ser entretenido para nadie, lo noté en la cara de los alumnos, todos aburridos, nadie participaba, y yo me sentía muy incómoda, estaba siendo totalmente prisionera de la materia, lo que hacía que no hubiera diálogo con los alumnos, o quizá un “falso diálogo” pues era muy planificado y forzado. Un completo desastre a mi gusto, aunque no para la profesora guía, pues ella me planteó que le había gustado mucho más esta clase que la anterior, justamente por el aspecto que yo había despreciado, lo esquemático. ¿Qué hacer? Por lo que vi, a los alumnos, al igual que a mí, no les gustó esta clase, pero a la profesora sí ¿cómo debo hacerlo?, no lo tenía muy claro, pero lo que sí tenía claro eran las palabras de Freire “*transformar la experiencia educativa en puro adiestramiento técnico es*

---

<sup>3</sup> Es una aplicación de presentación online, que usa un solo lienzo en vez de diapositivas tradicionales y separadas

<sup>4</sup>Freire, Paulo, *Pedagogía de la Autonomía*, Siglo Veintiuno editores, Argentina, 2002, p. 28.

*despreciar lo que hay de fundamentalmente humano en el ejercicio educativo: su carácter formador”<sup>5</sup>*

Ya tenía todo el fin de semana para pensar las próximas clases, intentaría no volver a planificar sólo para el martes, sino que la semana completa. La próxima materia que me correspondía era la reforma religiosa, cosa que me parecía de partida muy aburrido y por tanto me era más difícil hacer que a los alumnos les interesara. Pero ya había sacado lección de las dos primeras clases, primero debía yo apropiarme de la materia, entenderla bien, interrogarla, cuestionarla, criticarla, amarla, para así luego pensar en cómo explicársela a los alumnos.

Una vez que la materia ya era mía, la desesperación comenzó a apoderarse de mí, pues me preguntaba ¿por qué debo enseñarle a los alumnos algo que parece tan lejano?, ¿cuál es el sentido de todo esto? ¿Cómo hago que les interese? ¿Por qué hablar de Europa? ¿Por qué hablar de Historia?

La respuesta a estas preguntas se me reveló en una clase, pues estaba hablando del miedo a la muerte que existía en la Alemania del siglo XVI, recuerdo que me costaba mucho que los alumnos se introdujeran al tema, y fue ahí cuando les dije, chiquillos, cuando piensen la historia no piensen en ideas, no piensen en hechos, ni en grandes personajes, piensen en personas, en personas como nosotros, pero que vivieron en otro tiempo y en otro espacio, pero personas al fin y al cabo. Al estudiar Historia estudiamos la Historia de la Humanidad, he ahí lo importante de ésta, ya que la vida es un proceso y para entenderlo debemos conocer nuestro pasado.

Esto era algo que yo, la verdad, no tenía resuelto, quizá si en el discurso o la idea, pero ese día lo sentí mío, realmente lo creía.

Si bien ya entendía claramente la importancia de enseñar a otro Historia, la pregunta que surgía ahora era ¿cómo? Ya que, si bien yo les podía transmitir a los chicos la importancia de estudiar Historia, muchas veces esta se torna aburrida por su aparente “lejanía con la realidad”, la de ellos y la mía también. *“Es esta forma de conocer y comprender la materia lo que distingue al profesor del especialista en la materia”<sup>6</sup>*

Mi cabeza se desvivía pensando en eso, mientras en la práctica tenía experiencias de buenas clases y otras no tanto. ¿Cómo? ¿Cómo enseño Historia a estos chicos? En esos días de frustración y desesperación constante, es que escuché una canción que me gusta mucho, la cual, ese día, me estremeció hasta las lágrimas. La verdad me emocioné mucho, y fue justamente esa emoción la que me hizo reflexionar ¿por qué la historia no

---

<sup>5</sup> Freire, Paulo, Op.cit. p. 34.

<sup>6</sup> Gudmundsdóttir, Sigrun, Shulman, Lee, *Conocimiento Didáctico en Ciencias Sociales*, Revista de currículum y formación del profesorado, 9, 2 (2005), p. 3.

puede emocionar tal como lo hace una canción?, ¿por qué uno no puede “sentir” la historia? Esas preguntas iluminaron mi forma de pensar y cambiaron totalmente mi percepción, o quizá orientaron algo que ya estaba un poco presente en mi práctica, que fue el “Sentir la Historia”, es decir ser conscientes de que al hablar de Historia estamos hablando de personas como uno, que sienten, se emocionan, tienen miedo, aman, ven las injusticias, luchan, etc. Por tanto comencé a planificar mis clases a partir de experiencias pequeñas donde los alumnos pudieran ponerse en el lugar de la gente de la época.

Lo primero que hice fue escribir una narración, la cual se suponía había escrito una joven de la Alemania del siglo XVI, donde narra distintos sucesos y sobre todo emociones que se vivieron durante esa época. A diferencia de una película que les había mostrado clases anteriores, este texto tuvo una muy buena acogida, los alumnos lo leían y lo comentaban (era en parejas), y luego desarrollaron una guía, en la que claramente vi que entendieron lo que aparecía en el texto y lo internalizaron, pues habían críticas, y muchos de ellos lo relacionaban con lo que pasa actualmente con las religiones. Sentí que les había gustado, y así me lo manifestaron.

Con esta actividad terminamos de pasar reforma y contrarreforma religiosa, aunque creo que fue esa guía la que finalmente hizo todo el trabajo, pues pienso que con la actividad realmente aprendieron. Esta experiencia que viví con mi curso, en torno a esta guía, ver lo motivado que estaban y lo que habían aprendido, me convencieron a seguir con esta forma de plantear la Historia a este curso. Y eso fue lo que hice, no con grandes intervenciones, ni exuberantes despliegues, sino que introduciéndonos en el ámbito de las emociones, que muchas veces quedan fuera de la escuela, tal como plantea Freire al decir que *“es una pena que el carácter socializante de la escuela, lo que hay de informal en la experiencia que se vive en ella, de formación o de deformación, sea desatendido. Se habla casi en forma exclusiva de la enseñanza de los contenidos, enseñanza casi siempre entendida, lamentablemente, como transferencia del saber”*<sup>7</sup>.

El próximo contenido que íbamos a ver, siguiendo con la caracterización de la Época Moderna, era el absolutismo monárquico, el cual yo ya había estudiado mucho, ya lo había hecho mío a partir de muchas lecturas y conversaciones. Pero cómo explicárselo a mis estudiantes. Pensando y pensando se me ocurrió una idea muy simple, someter a los alumnos a un absolutismo en la sala, pero no como idea, sino que hacerlos creer que era real. Ese día llegué a la sala, de manera seria pero sin actuar demasiado, saludé a los chicos y luego les dije que antes de comenzar con la materia quería hablar algo que me inquietaba, “el polerón” (el engaño era muy creíble pues justo la semana anterior el profesor jefe les contó a los alumnos que yo me comenzaría a hacer cargo del consejo de curso). De manera muy despectiva les planteé que era una pérdida de tiempo seguir

---

<sup>7</sup> Freire, Paulo, Op.cit., p. 44.

discutiendo sobre el dibujo que contendría, así que, para ahorrarles trabajo, yo lo escogería. Todos los chicos comenzaron a mirarse, no lo podían creer. Yo seguía con mi actitud seria hasta que la presidenta de curso planteó que yo no podía hacer eso, que me acusarían con el director. Varios comenzaron a murmurar y otros a alzar su voz contra la medida, fue ahí cuando ya no aguante más, me sonreí y comencé a escribir en la pizarra lo que los chicos decían: ‘que me matarían’, ‘que me tirarían las sillas’, ‘que no era justo’, que era una dictadora’. Ahí ellos entendieron que todo era un juego, pero el sentimiento quedó, y sobre ese sentimiento de impotencia y rabia trabajamos el absolutismo monárquico. Se dio una clase muy buena, recuerdo que en ese momento comencé a pensar que al 4º medio E del Darío Salas no le gustaban tanto los *prezis*, sino que más bien las clases que se hacían en el camino, las clases más dialogantes, las clases de incertidumbre, clases que, para mí eran mucho más difíciles, pero sin lugar a dudas mucho más entretenidas. Claramente pensar en hacer Sentir a los chicos la Historia no es un método universal ni nada, son estos chicos los que me lo hicieron pensar, los que me lo hicieron sentir y para ellos está dirigido.

Así fueron mis primeras aproximaciones con el “sentir la Historia”, pero a veces las circunstancias te alejan de lo que crees, y pienso que eso fue lo que me pasó, pues si bien hice algo parecido con la Ilustración, la Revolución Francesa, el siguiente contenido, era mucho más complicado, y como dije anteriormente, este tipo de clase me era mucho más difícil ya que debo tener los conocimientos muy apropiados para poder ir utilizándolos en la medida que se vayan necesitando. Creo que eso fue lo que me asustó un poco, ya que hablar de Revolución Francesa es hablar de un gran proceso de la historia mundial, y tenía miedo de olvidar algunos aspectos o desorientarme y mezclar las cosas, por tanto opté por hacer un *prezi*. Le puse muchas imágenes, era muy explicativo, pero a ratos pensaba en lo aburrido que se podía tornar. Y así fue, a los chicos no les gustó, ellos de a poco se habían acostumbrado a participar con sus inquietudes, con sus observaciones, con sus relaciones con la realidad, a que yo les hiciera preguntas entretenidas, y esto la verdad no se parecía a nada de lo habíamos hecho juntos, o más bien se parecía a lo del comienzo, a la clase de expansión europea en América. Fue un momento de mucha tensión para mí, porque me veía hablando diferentes cosas que a nadie le hacían sentido. Bien pude seguir con lo que tenía planificado sin que nadie me escuchara, también pude haber hecho caer sobre ellos todo el peso de la autoridad que me confería el libro de clases (de hecho la profesora guía, que estaba sentada atrás, en un minuto se para de su asiento, va hacia adelante y me pasa el libro de clases diciéndome “utilízalo si es necesario”, como transfiriéndome el poder), pero no, la verdad es que decidí darme tiempo para pensar. Fue ahí entonces cuando me detuve, tapé la presentación *prezi* y les dije a los alumnos “esto no está resultando”. Pregunté por qué, a lo que varios me dijeron que no estaban entendiendo, me decían que lo hiciéramos como en las otras clases, conversando, otros me decían que siguiéramos viendo un documental (al final de la clase anterior les mostré 15

minutos de un documental de la Revolución Francesa para que fuesen ambientándose con el tema). Fue ahí cuando me tomé del documental para preguntarles qué les había llamado la atención. Mientras los escuchaba hablar de los peinados de María Antonieta pensaba qué podía hacer, mientras los ojos de la profesora me miraban con reprobación. La bulla ya se me estaba escapando de las manos, así que la primera medida fue hacer que todos los que se sentaban atrás se acercaran, ya que la sala es muy grande, por tanto hay muchos asientos desocupados en el medio. Una vez que los tuve a todos cerca, se me ocurrió dividirlos en grupos por estamento para poder explicar la situación social que vivía Francia en aquella época, así los estudiantes sentados a la izquierda serían la nobleza, los del centro serían los campesinos que junto a los burgueses, que eran los sentados a la derecha, formarían el 3º estado, y por último una alumna que se había quedado sentada atrás porque estaba resfriada y por tanto sin mucho ánimo, sería el clero, yo en tanto sería el rey Luis XVI. Contarles la Historia involucrándolos en ésta, hizo que los alumnos se interesaran en la Revolución Francesa. Hablamos del contexto de Francia, de cómo vivía cada estamento, hablaban de casarse con nobles para que los campesinos pudiesen ascender socialmente, esto hizo que habláramos del problema de la inmovilidad de los estamentos. Luego hablamos de los estados generales, y del juramento del juego de la pelota, todos participaban y se sentían involucrados, incluso aquellos que difícilmente tomaban atención. Al final de la clase, decidí dejar de hablar de la Revolución Francesa para preguntarles qué les parecían las dos metodologías utilizadas hoy. Todos coincidieron en que el último método era el que les gustaba más, pues era más entretenido y lo entendían mejor. Me quedo con las palabras de Camila, una alumna que es muy distraída, se sienta atrás, pero que en esta clase no sólo tomó atención, sino que también participó, *“me gustó sentirme como parte de la Historia”*. Esto último me marcó profundamente, pues eso es la Historia, no es algo que pasó hace muchos años, sino que es la Historia de todos nosotros, la Historia de la humanidad. Y eso también es la pedagogía, tal como plantea Paulo Freire, *“enseñar no es transferir conocimientos, sino crear las posibilidades de su producción o de su construcción”*<sup>8</sup>

Esta clase les hizo sentido, les gustó y la entendieron, pues me hablaban con tal soltura de la Revolución Francesa que pareciese que me hablaran de un problema que tenían ellos. Claramente la próxima clase que hice fue siguiendo la misma metodología, pero mucho más pensada, llevé utensilios para que se identificaran con su estamento, llevé monedas para que entendieran la distribución de la riqueza, y la entendieron muy bien, ya que cuando vieron que algunos recibían más monedas que otro se generó un malestar, y comenzaron a manifestar las injusticias. Realmente los estudiantes que representaban a los burgueses y campesinos comenzaron su propia revolución en la sala, ya que encontraban totalmente injusto que existieran privilegios que no los consideraran. Así comenzó una discusión entre el primer y segundo estado contra el

---

<sup>8</sup> Freire, Paulo, Op.cit., p. 24.

tercero. Creo que nunca los había visto tan apasionados en una clase, todos participaban. El hacerlos sentir el malestar, crear conflictos, en fin, hacerlos “sentir la Historia” hizo que la entendieran. Bueno considerando también lo entretenida que resultó la clase, algo que a ellos les gustaba mucho, y que destacaron en mi dedicándome estas palabras “*¡La extrañaremos mucho! Usted nos enseñó que las clases pueden ser entretenidas. Nos dejó mucho y siempre la recordaremos.*”

Pienso que hacerlos sentir la Historia, es de alguna manera humanizarla, pues dejan de ser hechos y personajes ilustres, para convertirse en sentimiento, emociones, malestar, amor, odio, injusticia, alegría, miedo, en fin, una serie de aspectos que te hacen pensar que la Historia ha sido vivida por personas tal como uno, y que por tanto tienen mucho que contarnos.

Como decía anteriormente, este no pretende ser ni un método universal, ni una técnica, sino que más bien ha sido la forma que, en conjunto con mi curso, hemos ido adoptando, para estudiar la Historia, ya que, como plantea Shulman “*en la preparación y la enseñanza los profesores se inspiran en fuentes de conocimiento que hemos identificado como: conocimiento del contenido, conocimiento didáctico del contenido, conocimiento curricular, conocimiento didáctico general, conocimiento de las metas y objetivos, conocimiento de los alumnos, y conocimiento de los contextos, marcos y gestión educativa. Shulman sugiere que estas fuentes de comprensión hacen posible el proceso de razonamiento y acción pedagógica*”<sup>9</sup> A ellos les interesaba entender esta historia de personas, ya que si bien muchas veces me preguntaban, por ejemplo, fechas, en otra me preguntaban ¿qué paso con los hijos de Luis XVI? Quedo tranquila pensando que estos jóvenes aprendieron, y aprendieron de una forma que les gustó mucho, lo digo por el cariño que me demostraban día a día, sus palabras y en el último día que nos vimos, me dedicaron estas palabras: “*Creo que es la primera vez que me gusta tanto la clase de historia y todo gracias a usted profe. Sus clases eran las mejores que teníamos. ¡Todos la extrañaremos mucho! ♥*”

Por otro lado fueron ellos quienes sacaron la idea de mi cabeza de que una buena clase tiene que ser con recursos interactivos, pues en la práctica I, observé a una profesora que hacía clases sólo con plumón y pizarra, un método que a mí en lo personal me gusta mucho pues la clase, si bien tiene objetivos planteados, se va construyendo en el camino. Pero la observación de esas clases, me habían hecho pensar que a estos jóvenes hijos del internet y facebook, era imposible hablarles de algo sin mostrarles imágenes o videos, cosa que cambió con mi experiencia en el 4º E, ya que ellos me pedían todo lo contrario. Claramente no hay métodos, no hay un tipo de joven, hay profesores y hay jóvenes, (pues tampoco podemos olvidarnos que los profesores también existimos como sujetos y que por tanto somos distintos), esto hace que estemos en una

---

<sup>9</sup> Shuman, Lee, Op.cit., p. 4.



investigación constante, donde poco a poco vamos aprendiendo de la mano de los alumnos. Los extrañaré mucho, pues con ellos aprendí que sin experiencia no hay conocimiento, por tanto las clases deben ser una experiencia.

